

ferar que se quería otra cosa, que se intentaba derrocar la Constitución; algunos de ellos hicieron insinuaciones sobre el particular, pero fueron mal recibidas.

Los Ancianos, recelosos ya desde el día antes por lo que había acontecido en la comisión de inspectores, acabaron de entrar en cuidado al ver la resistencia que los Quinientos manifestaban. Desde aquel momento aparecieron inciertas las disposiciones del cuerpo legislativo y muy arriesgado el proyecto de revolución. Bonaparte estaba á caballo al frente de sus tropas; Sieyes y Ducós tenían una silla de postas con seis caballos en las verjas de Saint-Cloud; igual precaución habían tomado también otros muchos personajes, con ánimo de emprender la fuga en caso de malograrse el proyecto. Pero Sieyes mostró, sin embargo, en toda esta escena una serenidad extraordinaria y mucha presencia de ánimo. Se temía que Jourdan, Augereau y Bernadotte fuesen á arengar á las tropas, y por lo tanto se mandó acuchillar al primero que se presentase á dirigir alguna alocución, fuese representante, fuese general.

Abrióse á las dos de la tarde la sesión de ambos Consejos. En el de los Ancianos principiaron á hacerse varias reclamaciones por parte de los individuos á quienes no se había citado el día antes para asistir á la discusión del decreto de traslación, pero se prescindió de ellas, y se pasó á tratar de comunicar á los Quinientos que el Consejo estaba en mayoría y pronto á liberar.

En los Quinientos comenzó la discusión de distinto modo. El diputado Gaudin, comisionado por Sieyes y Bonaparte para abrir el debate, enumeró los riesgos que corría la república y propuso dos cosas: en primer lugar, un voto de gracias á los Ancianos por haber trasladado el Consejo á Saint-Cloud; y en segundo, formar una comisión para que informase de los peligros de la república y de los medios de evitarlos. Por si se aprobaba esta proposición, había ya preparado un informe, y se hubiera aconsejado el consulado interino y el aplazamiento; pero apenas concluyó de hablar el diputado Gaudin, estalló en la Asamblea un espantoso tumulto. Los diputados prorrumpieron en descompasados gritos, exclamando por todas partes: «¡Fuera dictadores! ¡Nada de dictadura! ¡Viva la Constitución!—¡Constitución ó muerte! grita Delbrel. ¡No nos intimidan las bayonetas; aquí somos libres!» Continuó después de estas palabras el griterío, y algunos diputados repiten furiosos, mirando al presidente Luciano: «¡Nada de dictadura! ¡Mueran los dictadores!» Luciano entonces tomó la palabra y dijo: «Sé demasiado á lo que obliga la dignidad de presidente, para sufrir más las amenazas y los insultos de los oradores, á quienes llamo al orden.» Pero esta insinuación, en vez de aquietarlos les enfurece doblemente, y después de un prolongado tumulto propuso el general Grand-Maison prestar juramento á la Constitución del año III, cuya proposición fué inmediatamente aprobada, así como también se aprobó que la votación fuese nominal. Cada diputado acudió sucesivamente á la tribuna, en medio de los gritos y aplausos de todos los concurrentes, y aun el mismo Luciano se vió precisado á dejar el sillón para prestar el juramento que desconcertaba todos los proyectos de su hermano.

Los sucesos iban tomando un giro peligroso, pues en

vez de nombrar una comisión para oír proyectos de reforma, juraban los Quinientos mantener lo existente, y los Ancianos, ya vacilantes, estaban dispuestos á desdecirse. La revolución fracasaba; el peligro era inminente, pues Augereau, Jourdan y todos los patriotas de importancia se hallaban en Saint-Cloud aguardando sólo un momento favorable para atraerse las tropas. En vista de todo ello, Bonaparte y Sieyes convienen al punto en que es preciso obrar y decidir á toda costa en su favor los elementos vacilantes de ambos Consejos. Resuelve, pues, el general presentarse en ellos al frente de su estado mayor, y al ponerse en marcha, encuentra á Augereau que con tono burlón le dice: «¡Amigo, estáis en buena posición!—¡Peor me hallaba en Arcola!», responde Bonaparte, y se dirige á la barra de los Ancianos.

No estaba el general acostumbrado á hablar en asambleas políticas, y el hablar en público por primera vez, aunque sea en circunstancias ordinarias, no sólo es difícil, sino aun temible para los hombres de más carácter; júzguese, pues, cuán difícil no debía serle en medio de tan críticos acontecimientos á un hombre que jamás se había presentado en una tribuna. Bonaparte tomó conmovido la palabra, y con voz trémula, aunque robusta, dijo á los Ancianos:

«Ciudadanos representantes: no os halláis en circunstancias ordinarias, sino sobre un volcán; permitidme algunas explicaciones. Habéis creído en riesgo á la república y trasladado á Saint-Cloud el cuerpo legislativo; me habéis llamado para ejecutar vuestros decretos, y no bien he salido de mi casa para obedecer, cuando ya nos abruma á calumnias á mí y á mis compañeros de armas; hablan de un nuevo Cromwell, de otro César. Ciudadanos, si hubiera tenido semejante ambición, fácil me hubiera sido saciarla al volver de Italia, en el momento del mayor triunfo y cuando el ejército y los partidos me invitaban á apoderarme del mando. Ni entonces lo admití, ni lo admito ahora. Sólo los peligros de la patria han despertado mi celo y el vuestro.»

Luego hizo, con la voz trémula aún, la reseña de la peligrosa situación de la república, desgarrada por todos los partidos y amenazada de una nueva guerra civil en el Oeste y por una invasión en el Mediodía.

—«Evitemos, pues, tantos males, añade; salvemos las dos cosas por las cuales hemos hecho tantos sacrificios, la libertad y la igualdad...»

—«¡Hablad también de la Constitución!», exclama el diputado Linglet.

Esta interrupción desconcierta un momento al general; pero muy pronto se repone, y contesta con voz entrecortada:

—«¡Constitución! ¡Ya no la tenéis! Vosotros sois los que la habéis destruido al intentar el 18 fructidor contra la representación nacional; al anular en 22 floreal las elecciones populares y al atacar el 30 pradiel la independencia del gobierno. Todos los partidos quieren destruir esa Constitución de que habláis; todos han venido á confiarme sus proyectos, brindándome á secundarlos. No quería nombrar los partidos ni los hombres; pero si es necesario, lo haré.»

—«¡Nombradlos!», gritan varias voces, nombradlos y pedid un comité secreto.»

A esta interrupción sucede un gran movimiento; pero Bonaparte vuelve á tomar la palabra, y pintando de

nuevo el estado de Francia, invita á los Ancianos á tomar medidas para salvarla.

—«Rodeado de mis hermanos de armas, dice, sabré secundaros. Pongo por testimonio á estos intrépidos granaderos, cuyas bayonetas veo desde aquí y que tan á menudo conduje ante el enemigo; apelo á su valor; os ayudaremos á salvar la patria. Y si algún orador, añade, Bonaparte con voz amenazadora, si algún orador, pagado por el extranjero, hablase de ponerme fuera de la ley, apelaré á mis compañeros de armas. ¡Reflexionad que voy acompañado del dios de la fortuna y del dios de la guerra!»

Estas audaces palabras eran una advertencia para los Quinientos: los Ancianos las acogieron muy bien, y tranquilizados al parecer por la presencia del general, concedieronle los honores de la sesión.

Después de haber alentado así á los Ancianos, Bonaparte quiso presentarse á los Quinientos para tratar de intimidarlos. Avanza seguido de algunos granaderos y entra en el salón, pero los deja detrás de sí; debía recorrer la mitad de la estancia para llegar á la barra; mas apenas estuvo en el centro, resuenan por todas partes gritos furiosos.

—«¡Cómo!», exclaman muchas voces. ¡Soldados aquí! ¡Armas! ¿Qué se quiere?.. ¡Fuera el dictador! ¡Fuera el tirano!»

Muchos diputadas se precipitan en medio del salón, rodean al general y dirígenle las más vivas interpelaciones.

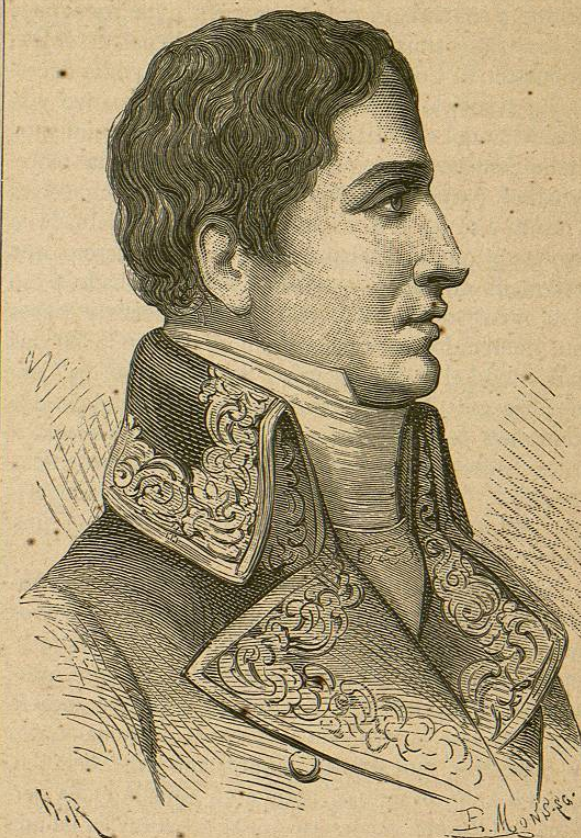
—«¡Cómo!», le dicen. ¿Es para eso para lo que habéis vencido? ¡Todos vuestros laureles se han marchitado... vuestra gloria se troca en baldón! ¡Respetad el templo de las leyes. ¡Salid, salid!»

Bonaparte queda aturrido en medio de la multitud que le oprime: los granaderos que había dejado á la puerta acuden al punto, rechazan á los diputados y cogen á su general en brazos. Dicese que en aquel tumulto reciben algunos granaderos las puñaladas que le dirigían: el granadero Thomé salió con el uniforme destrozado. Es muy posible que en aquel trastorno desgarrasen su ropa, sin que por eso hubiera puñales; y lo es también que éstos se hallaran en más de una mano; pero los republicanos que creían ver un nuevo César, podían armarse del hierro de Bruto sin ser asesinos. Muéstrase gran debilidad para justificarlos. Como quiera que sea, sacaron á Bonaparte del salón; y asegúrase que estaba turbado, lo cual es tan poco de extrañar como lo de los puñales. El general monta á caballo, dirígese á sus tropas, diciendo que han querido asesinarle y que su vida ha peligrado, y acógesele en todas partes á los gritos de *viva Bonaparte!*

En aquel momento continúa la borrasca en la asamblea con más violencia que antes, dirigiéndose todos contra Luciano, que demostró una firmeza y una intrépididad raras.—«Vuestro hermano es un déspota, le dicen; en un día ha perdido toda su gloria!—Luciano trata inútilmente de justificarle, diciendo que no han querido oírle y añade:—Venía á explicaros su conducta, á daros á conocer su misión, á contestar á todas las preguntas que le dirigís continuamente desde que estáis reunidos. Sus servicios merecen cuando menos que se le dé tiempo para explicarse.—¡No, no! ¡Fuera el tirano! gritan los patriotas furiosos; ¡fuera de la ley! añaden, ¡fuera de

la ley!—Esta palabra era terrible, y había perdido á Robespierre. Pronunciada contra Bonaparte, tal vez hiciera vacilar á las tropas, volviéndolas contra él. Luciano resiste con valor á la proposición de poner fuera de la ley á su hermano, y pide que se le escuche antes, luchando largo tiempo en medio de un tumulto espantoso. Cansado al fin, despójase del birrete y toga, y exclama:—¡Miserables! ¡Queréis que declare fuera de la ley á mi propio hermano! Renuncio á la presidencia y paso á la barra para defender á quien se acusa.

En aquel momento Bonaparte oía desde fuera el tu-



Luciano Bonaparte

multo; y temiendo por su hermano, envía diez granaderos para sacarle de la sala. Los soldados entran, ven á Luciano en medio de un grupo, le cogen por los brazos, y diciéndole que es por orden de su hermano, le sacan del salón. Era el momento de adoptar un partido decisivo; todo se perdía si se vacilaba; los medios oratorios para tranquilizar á la asamblea eran ya imposibles; quedaba sólo la fuerza, y era necesario aventurarse con uno de esos actos audaces ante los cuales titubean los usurpadores. César vaciló al pasar el Rubicón, Cromwell al cerrar el parlamento; Bonaparte se decide á enviar á los granaderos contra la asamblea. Monta á caballo con Luciano, recorre el frente de las tropas, y éste último las arenga, diciéndoles:—El Consejo de los Quinientos está disuelto; yo soy quien os lo declaro; varios asesinos han invadido el salón de sesiones, y han hecho violencia á la mayoría; yo os intimo á ir á libertarla.—Luciano jura después que él y su hermano serán los defensores fieles de la libertad. Murat y Leclerc ponen en movimiento un batallón de granaderos, conduciéndole á la puerta del Consejo de los Quinientos, y avanzan hasta la en-

trada del salón. Al ver las bayonetas, los diputados profirieron gritos terribles, como lo habían hecho al divisar á Bonaparte, pero un redoble de tambores los apaga.— ¡Adelante, granaderos!, gritan los oficiales. Los soldados entran en el salón, y dispersan á los diputados que huyen por los pasadizos y las ventanas; en un instante se desocupó el recinto, y Bonaparte queda dueño de aquel deplorable campo de batalla.

La noticia es transmitida al momento á los Ancianos, que experimentaron la mayor inquietud y sentimiento, pues no deseaban semejante atentado. Luciano se presenta en su barra para justificar su conducta en los Quinientos, y contentábase con sus razones. ¿Qué hacer pues en semejante situación?.. Era preciso llenar el objeto propuesto. El Consejo de los Ancianos no podía decretar por sí solo la suspensión del cuerpo legislativo y la institución del consulado; el Consejo de los Quinientos estaba disuelto; pero quedaban unos cincuenta representantes, partidarios del golpe de Estado. Reunióseles al punto y se les hizo expedir el decreto, objeto de la revolución que se acababa de promover, decreto que presentado después á los Ancianos fué aprobado á eso de la media noche. Bonaparte, Roger-Ducós y Sieyes eran nombrados cónsules interinos, quedando en sus manos todo el poder ejecutivo. Suspéndíanse los Consejos hasta el 1.º ventoso próximo, substituyéndoles dos comisiones de veinticinco individuos cada una, elegidos en los Consejos, y encargados de aprobar las medidas legislativas que los tres cónsules necesitaban adoptar. Estos últimos y las comisiones debían redactar una nueva constitución.

Tal fué la revolución del 18 brumario, tan diversamente juzgada por los hombres, considerándola los unos como el atentado que destruyó el ensayo de nuestra libertad, y los otros como un acto audaz, aunque necesario para poner término á la anarquía. Lo que pudiera decirse es que la revolución, después de tomar todos los caracteres, monárquico, republicano y democrático, adquiría al fin el militar, porque en aquella lucha perpetua con Europa era preciso que se constituyera de una manera sólida y fuerte. Los republicanos gemían por tantos esfuerzos infructuosos y tanta sangre inútilmente vertida para fundar la libertad en Francia, deplorando que la inmolase uno de los héroes que produjo.

En esto les engaña el más notable sentimiento: la revolución, que debía darnos la libertad y que todo lo preparó para que la tengamos un día, no era ni debía ser en sí misma la libertad, sino una gran lucha contra el antiguo orden de cosas. Después de haberle vencido en Francia, era preciso que le venciese en Europa; pero una lucha tan violenta no admitía las formas y el espíritu de la libertad. Hubo un momento en que se disfrutó ésta en tiempo de la Constituyente; pero cuando el partido popular llegó á ser tan amenazador que intimidaba todos los ánimos; cuando invadió las Tullerías

el 10 de agosto; cuando el 2 de septiembre inmoló á todos los que inspiraban desconfianza; cuando el 21 de enero obligó á todo el mundo á comprometerse con él empapando sus manos en la sangre real; cuando en agosto del 93 obligó á todos los ciudadanos á correr á las fronteras ó á entregar su fortuna; cuando abdicó él mismo su poderío, entregándole al gran comité de salvación pública, compuesto de doce individuos, ¿había ni podía haber libertad? No. Aquello era un violento esfuerzo de pasiones y de heroísmo; la tensión muscular de una atleta que lucha contra un poderoso adversario. Después de aquel momento de peligro, después de nuestras victorias, hubo un instante de reposo. Al fin de la Convención y durante el Directorio se vieron días de libertad, pero la lucha con Europa no podía suspenderse sino de un modo pasajero; volvió á comenzar muy pronto, y á los primeros reveses sublevaronse todos los partidos contra un gobierno demasiado moderado é invocaron un brazo poderoso. Al volver Bonaparte de Oriente, saludáronle como soberano y fué llamado al poder. En vano se dirá que Zurich había salvado á Francia; Zurich no era sino un incidente, una tregua; necesitábase todavía la batalla de Marengo y la de Hohenlinden para salvarla del todo; necesitábanse más que triunfos militares; era precisa una reorganización poderosa en el interior de todas las partes del gobierno; lo que á Francia convenía era más bien un jefe político que uno militar; de modo que el 18 y 19 brumario eran casi indispensables. Sólo se podía condenar el 20, diciendo que el héroe abusó del servicio que acababa de prestar; pero se contestará que iba á cumplir la misteriosa misión que sin saberlo recibió del destino y que él realizaba sin quererlo. Mas no iba á conservar la libertad, porque no podía existir aún; bajo las formas monárquicas iba á proseguir la revolución en el mundo; á continuarla, él, que era plebeyo, ocupando un trono, conduciendo al pontífice á París para derramar el óleo sagrado sobre una frente plebeya; creando una aristocracia con plebeyos; obligando á las más antiguas á unirse con la suya; convirtiendo á los plebeyos en reyes; enlazándose con la hija de los Césares, y mezclando así una sangre plebeya con la más noble de Europa, á la vez que todos los pueblos entre sí; propagando las leyes francesas en Alemania; en Italia y en España; desmintiendo tantos prestigios, y trastornando tantas cosas. He aquí la profunda misión que iba á cumplir; y entretanto, la nueva sociedad se consolidaría bajo la protección de su espada, para que la libertad llegase después. No ha venido, pero vendrá. Al describir la primera crisis que ha preparado sus elementos en Europa, lo he hecho sin odio, lamentando el error, respetando la virtud, admirando la grandeza, tratando de sorprender los profundos designios de la Providencia en estos grandes acontecimientos, y acatándolos cuando creía reconocerlos.

FIN DEL TOMO QUINTO

ÍNDICE DEL TOMO QUINTO

ESTADOS GENERALES. ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Páginas	Páginas
CAPÍTULO PRIMERO. — Estado político y social de Francia á fines del siglo XVIII. — Advenimiento de Luis XVI. — Maurepas, Turgot y Necker, ministros. — Calonne. Asamblea de los Notables. — De Brienne, ministro. Oposición del Parlamento, su destierro y su llamamiento. — Destierro del duque de Orleáns. — Arresto del consejero d'Esprennil. — Llamamiento de Necker, quien reemplaza á Brienne. — Nueva Asamblea de los Notables. — Discusiones relativas á los Estados Generales. — Formación de los clubs. — Causas de la revolución. — Primeras elecciones de diputados á los Estados Generales. — Incendio de la casa Reveillon. — El duque de Orleáns: su carácter.	123
CAPÍTULO II. — Convocación y apertura de los Estados Generales. — Discusiones sobre la revisión de los poderes y sobre el voto por clase é individuo. — El tercer estado se declara Asamblea Nacional. — Ciérrase el salón de los Estados y los diputados se dirigen á otro local. — Juramento en el trinquete. — Sesión regia de 23 de junio. — La Asamblea continúa sus deliberaciones á pesar de las órdenes del rey. — Reunión definitiva de las tres clases. — Primeros trabajos de la Asamblea. — Agitaciones populares en París. — El pueblo pone en libertad á varios guardias franceses encerrados en la Abadía. — Conspiración de la corte. — Acérganse tropas á París. — Se despide á Necker. — Jornadas del 12, 13 y 14 de julio. — Toma de la Bastilla. — El rey se dirige á la Asamblea y después á París. — Se vuelve á llamar á Necker.	93
CAPÍTULO III. — Ocupaciones de la municipalidad de París. — Lafayette, comandante de la guardia nacional. — Su carácter y papel que representó en la revolución. — Asesinatos de Foulon y de Berthier. — Vuelta de Necker. — Situación y división de los partidos y de sus jefes. — Mirabeau; su carácter, sus proyectos y su genio. — Los forajidos. — Disturbios en las provincias y en los campos. — Noche del 4 de agosto. — Abolición de los derechos feudales y de todos los privilegios. — Declaración de los	103
CAPÍTULO IV. — Intrigas de la corte. Banquete de los guardias de corps y de los oficiales de Flandes en Versalles. — Jornadas del 4, 5 y 6 de octubre; escenas tumultuosas y sangrientas. — Asalto del palacio de Versalles por la muchedumbre. — Pasa el rey á residir en París. — Estado de los partidos. — El duque de Orleáns abandona la Francia. — Negociaciones de Mirabeau con la corte. — Trasládase la Asamblea á París. — Ley sobre los bienes del clero. — Juramento cívico. — Tratado de Mirabeau con la corte. — Bouillé. — Proceso de Favras. — Planes contrarrevolucionarios. — Club de los jacobinos y de los fuldenses.	136
CAPÍTULO V. — Estado político y disposiciones de las potencias extranjeras en 1790. — Discusiones sobre el derecho de paz y de guerra. — Primera institución de papel moneda ó de los asignados. — Organización judicial. — Constitución civil del clero. — Abolición de los títulos de nobleza. — Aniversario del 14 de julio. — Fiesta de la primera federación. — Sublevación de las tropas en Nancy. — Retirada de Necker. — Proyectos de la corte y de Mirabeau. — Formación del campamento de Jalés. — Juramento cívico impuesto á los eclesiásticos.	150
CAPÍTULO VI. — Progresos de la emigración. — El pueblo sublevado ataca el torreón de Vincennes. — Conspiración de los Caballeros del punal. — Discusión de la ley contra los emigrados. — Muerte de Mirabeau. — Intrigas contrarrevolucionarias. — Fuga del rey con su familia: le detienen en Varennes y le conducen á París. — Disposiciones de las potencias extranjeras; preparativos de los emigrados. — Declaración de Pílnitz. — Proclamación de la ley marcial en el campo de Marte. — El rey acepta la Constitución. — Clausura de la Asamblea Constituyente.	161

ASAMBLEA LEGISLATIVA

CAPÍTULO PRIMERO. — Juicio sobre la Asamblea Constituyente. — Apertura de la segunda Asamblea Nacional, llamada Asamblea Legislativa. — Su formación. — Estado de los clubs. — Sus socios influyentes. — Petión, corregidor de París. — Política de las potencias. — Emigración. — Decretos contra los emigrados y los sacerdotes no juramentados. — Modificaciones en el ministerio. — Preparativos de guerra. — Estado de los ejércitos.	174
CAPÍTULO II. — División de los partidos sobre la cuestión de la guerra. — Lugar en que figuraron el duque de Orleáns y su partido. — Decreto de acusación contra los príncipes emigrados. — Formación de un ministerio girondino. — Dumouriez, su carácter, su genio y sus proyectos. — Detalles acerca de los nuevos ministros, conversación de Dumouriez con la reina. — Declaración de guerra al rey de Hungría y de Bohemia. — Primeras operaciones militares. — Derrotas de Quievrain y de Tournay. — Asesinato del general Dillon.	185
CAPÍTULO III. — Desavenencias en el ministerio girondino. — El pretendido comité austriaco. — Decreto para la for-	